

cubrían antes; lo cual determinó á otros muchos á pedir el bautismo. Con todo eso, la idolatría se perpetuó todavía en la parte septentrional cubierta de bosques casi impenetrables. Para afirmar la religión en el país, fundó el rey en Wilna una catedral y siete parroquias, y las dotó espléndidamente. Por fin, promulgó una ley que prohibía á los católicos contraer matrimonio con los rusos cismáticos. La catedral de Wilna fué dedicada en honor de San Estanislao, patron de la Polonia, por el arzobispo de Gnesne, que consagró primer obispo de esta nueva Iglesia á Andrés Vazilo, noble polaco y religioso de la orden de San Francisco (1).

Las doctrinas de Wiclef continuaban agitando la Inglaterra. En 1385 pidió el rey un subsidio al parlamento, y los señores al otorgarle, pusieron por condicion que se derramase un tributo entre el clero; y como se opusiera esforzadamente el arzobispo de Cantorbery, clamaron que era preciso quitar los bienes eclesiásticos para el servicio del Estado é hicieron una proposicion formal al rey sobre este asunto. Mas el príncipe declaró que queria mantener inviolablemente las exenciones del clero, y los obispos por gratitud recaudaron una décima y se la ofrecieron al rey; de lo cual recibió éste tanto contento, que dijo públicamente: "Mejor quiero esta contribucion voluntaria, que otra cuatro veces mayor si fuese forzada." Dos años mas adelante Paresul, religioso agustino, seducido por los lardos ó wiclefitas, apostató y propaló en una iglesia de Lóndres delante de una multitud de dichos sectarios las calumnias mas odiosas contra los regulares, y en particular contra los de la orden de San Agustin, sus antiguos hermanos. Avisados éstos, fueron varios á la iglesia donde predicaba aún el apóstata, y acercándose uno de ellos, le desmintió abiertamente. Al punto se echaron los lardos sobre aquel religioso, le pisotearon, le golpearon, obligaron á los otros á huir y los persiguieron, amenazando matarlos y prender fuego á su convento. Como Paresul no habia podido acabar su discurso, los wiclefitas le indujeron á publicar sus calumnias por escrito. Compuso, pues, y fijó en las puertas de la catedral de Lóndres un libelo, en que acusaba á los religiosos agustinos de haber dado muerte á algunos de sus hermanos, y para hacer creibles sus patrañas, señalaba los nombres de los muertos y de los matadores, y los lugares en que fingia haberse cometido el homicidio. Empezaba su libelo por estas palabras: "Yo he salido del nido del diablo, y por la gracia de Dios he llegado á una vida mas perfecta." Apoyaban á este apóstata los caballeros llamados de la *caparuzza*, porque no se la quitaban delante de nadie, ni aun delante del Santísimo Sacramento. Estos eran los partidarios mas celosos de Wiclef. Juan de Montaigne que era de ellos, mandó quitar todas las imágenes de su capilla. Otro despues de recibir la comunión,

(1) Duglos.—Theod. Niem.—Rainald.

se sacó de la boca la sagrada hostia y la llevó á su casa para comerla á la mesa. Como el capellan de Juan de Montaigne se arrepintiese á la hora de la muerte y pidiera un sacerdote para confesarse, le respondieron los sectarios: "Confiesate con Dios, que puede perdonarte tus pecados mejor que los sacerdotes." Y por mas que dijo, le dejaron morir sin sacramentos.

En esta misma época Juan de Monzon, dominico aragonés, defendió en Paris catorce proposiciones, siendo las principales que no es contra la fé suponer necesaria de un modo absoluto la existencia de alguna criatura: que no repugna que lo que existe necesariamente tenga una causa: que las explicaciones de la Sagrada Escritura no deben sacarse sino de la misma escritura: que puede haber una simple criatura mas capaz de merecer que el alma de Jesucristo: por último, que es expresamente contrario á la fé negar que todo hombre, excepto Jesucristo solo, haya contraído el pecado original, y sostener que la Virgen Santísima ha sido exenta de él. Estas proposiciones escandalosas fueron censuradas en 1387 por la facultad de teología y la universidad de Paris en cuerpo, y el obispo de esta diócesis, á pedimento de los doctores, despues de citar á Juan de Monzon, que no quiso comparecer, mandó hacer diligencias para prenderle y encerrarle, y prohibió, pena de excomunion, enseñar, predicar ó defender pública ó privadamente las proposiciones condenadas. Juan de Monzon apeló de esta sentencia al Papa Clemente VII, fundándose en dos motivos: que muchas de sus proposiciones eran conformes á la doctrina de Santo Tomás, y que solo á la Santa Sede correspondia decidir sobre las cuestiones de fé. El capítulo general de dominicos, celebrado el año siguiente en Rhodex, se unió á la apelacion, y nombró diez doctores para sostener á Juan de Monzon y defender su causa. La universidad por su parte envió varios doctores á Aviñon, entre ellos el célebre Pedro de Ailly, que luego fué cardenal. Este defendió con rara habilidad el juicio de la universidad y del obispo de Paris, ya de palabra, ya en una memoria que publicó sobre esta cuestion. Sostuvo que la universidad habia podido, sin faltar á la Santa Sede, condenar los errores de Juan de Monzon, no por via de juicio y autoridad, sino en forma de dictámen doctrinal: que el obispo encargado de la conservacion de la sana doctrina en su diócesis, habia podido tambien prohibir el enseñar y defender unas proposiciones propias para escandalizar á los fieles: que la doctrina de Santo Tomás con que trataba de autorizarle Juan de Monzon, no sufría detrimento por este juicio, y que ademas la aprobacion dada por los Sumos Pontífices á los escritos del santo doctor, no debia considerarse como absolutamente extensiva á todos los puntos sin excepcion: "De lo contrario, dice, se contradiria la misma Iglesia, porque si los religiosos de la orden de predicadores se autorizan con una bula en favor de Santo Tomás, los menores franciscanos pre-

tenden también tener otra á favor de Alejandro de Hales, sin embargo que éste se opone á Santo Tomás en muchos puntos.²² Por último, Pedro de Ailly examinando cada una de las proposiciones, condenadas, hace ver la congruencia de las censuras de la universidad; y por lo que toca en particular á la Inmaculada Concepcion, objeto principal de esta famosa disputa, prueba que no se puede sin una temeridad escandalosa declarar contraria á la fé una creencia admitida por multitud de prelados y santos doctores, y enseñada públicamente en muchas Iglesias particulares y en cierto modo en la Iglesia universal con la aprobacion á lo menos tácita de la Santa Sede. El Papa Clemente nombró tres cardenales para examinar la cuestion, y Juan de Monzon, previendo que seria condenado, se marchó de Aviñon á pesar de la prohibicion del Papa; pero despues de las moniciones requeridas, fué condenado en rebeldía y excomulgado por sentencia de 27 de Enero de 1389. Primero se refugió en Aragon su patria; mas no creyéndose seguro marchó á Roma, se adhirió al partido de Urbano y compuso un tratado para demostrar que era el verdadero Papa. La sentencia dada contra él en rebeldía, se publicó en Paris el 17 de Marzo, y esta causa suscitó grande persecucion á toda la órden de Santo Domingo en Francia. Se prohibía á los religiosos de ella predicar y confesar; el pueblo los insultaba y les negaba la limosna; y muchos por haber defendido la doctrina de Juan de Monzon, fueron presos, excomulgados y forzados á retractarse públicamente. Habiendo dicho Guillermo de Valon, obispo de Evreux y religioso dominico que habia sido, que la universidad no entendia la doctrina de Santo Tomás y que habia condenada unas proposiciones muy católicas, tuvo que hacer solemne retractacion en presencia del rey y de toda la corte. En fin, la universidad los separó de su cuerpo, no admitiéndolos á los actos públicos ni á los grados, y esta exclusion duró veinticinco años.

Despues de residir el Papa Urbano nueve meses en Luca, pasó á Perugia, desde donde escribió por Abril del año 1388 al arzobispo de Mesina, para que predicara la cruzada en Sicilia contra los moros de Africa, los cuales hacian frecuentes correrías en territorio de los cristianos, y al obispo de Venecia para conceder las indulgencias de la Tierra Santa á los que tomasen las armas contra los turcos, cuyas conquistas se extendian cada dia mas en la Romanía. Queriendo ademas sostener los derechos de la Santa Sede al reino de Nápoles, partió de Perugia para Narni con un ejército en el mes de Agosto; pero dió una caída peligrosa, y como tambien carecia de dinero para pagar á sus tropas, tuvo á su pesar que huir á Roma, donde fué recibido poco honoríficamente. Allí publicó por Abril de 1389 una bula que reducía á treinta y tres años el término del jubileo y fijaba el primero en el siguiente. Al mismo tiempo ordenó que en la festividad del Santísimo Sacramento pudiera ce-

lebrarse el oficio divino, no obstante el entredicho, y que los que acompañasen al santo viático desde la iglesia á casa del enfermo, ganaran cien dias de indulgencia. Tambien instituyó la fiesta de la Visitacion de la Virgen para alcanzar por su intercesion la reunion de la Iglesia. Urbano, debilitado de resultados de la caída, y consumido de pesares y agitaciones continuas, cayó enfermo á poco tiempo y murió el 15 de Octubre del mismo año 1389. Su muerte, segun dice un autor contemporáneo, no causó sentimiento á nadie. Los cardenales de su obediencia que eran catorce, entraron en cónclave, y el dia 2 de Noviembre eligieron Papa al cardenal Pedro Thomacelli, napolitano, el cual tomó el nombre de Bonifacio IX. Cuando se supo en Aviñon la muerte de Urbano, se persuadió aquella corte que los cardenales de Roma, en vez de darle sucesor, tomarian adherirse al Papa Clemente para acabar el cisma, ó á lo menos suspenderian el proceder á nueva eleccion: en esta persuasion, Clemente y sus cardenales rogaron con instancias al rey de Francia que escribiese al emperador y á los príncipes de Alemania, exhortándolos á no prolongar la division de la Iglesia. La universidad de Paris trabajó tambien mucho para el mismo objeto. Mas el duque de Borgoña representó al rey, que en el estado de las cosas y mientras solamente hubiese conjeturas sobre las disposiciones de los cardenales romanos, serian tan infructuosas como antes cuantas diligencias se practicasen con los príncipes, y que así, convenia aguardar nuevas positivas. Siguióese este parecer, y á los pocos dias se supo la eleccion de Bonifacio (1).

En el principio de su pontificado publicó un breve, ofreciendo atender á los que se presentaran á solicitar, previa muestra de su aptitud, algun beneficio á Roma; y como es de discurrir, esta promesa atrajo multitud de ellos; pero muchos cayeron en manos del comandante de las tropas clementinas en la Romanía y la Marca de Ancona, y algunos perdieron la vida. En cuanto á los que llegaron á Roma, lo primero que tuvieron que hacer fué pagar los derechos de exámen, y luego en la distribucion de las gracias ocuparon los pobres el último lugar en las listas, de modo que los mas solamente sacaron expectativas enteramente ilusorias. En Diciembre creó Bonifacio cuatro cardenales propios para sostener su partido, ya por su nobleza ó influencia ya por su capacidad. Tambien repuso tres de los que habia depuesto Urbano, entre ellos Adán Estion, obispo de Lóndres, á quien hemos visto implicado en la conjuracion contra aquel Papa. El cardenal Pilo de Prato, arzobispo de Ravena y legado entonces de Clemente en Italia, abandonó el partido de éste para pasarse al de Bonifacio, quien le recibió como cardenal: le llamaban por burla el cardenal de los tres capelos. Segun costumbre, el nuevo Papa dió libertad á los presos, entre los cuales habia un

(1) Theod. Niem.—S. Anton. Chron.—Froiss.—Rain.

aventurero que se fingía patriarca de Constantinopla. Había estado en Chipre, cuyo rey engañado por sus mentiras, recibió la corona de su mano y le hizo ricos presentes. También allegó el falso patriarca cuantiosas sumas concediendo gracias y sobre todo beneficios; pero el Papa Urbano le puso preso y confiscó su tesoro. No bien recobró el aventurero la libertad, comenzó de nuevo sus correrías é imposturas. Pasó á las cortes del conde de Saboya, del Papa Clemente y del rey de Francia, y fingió haber sido perseguido y encarcelado por Urbano, porque se había declarado abiertamente contra él. En todas partes fué recibido con las mayores distinciones el falso patriarca, que afectaba gran devoción y mostraba mucho afán por visitar las iglesias y monasterios. No dejó de ir á la célebre abadía de San Dionisio, á cuyo abad y monges prometió darles reliquias del santo Areopagita y algunos libros escritos de su puño, si querían enviar con él dos religiosos á Constantinopla. Se aceptó la proposición con gozo, y partieron los dos monges en su compañía hasta al punto en que se embarcó secretamente con sus riquezas dejándolos burlados.

El jubileo que el Papa Urbano había señalado para el año 1390, atrajo á Roma gran multitud de peregrinos de Inglaterra, Alemania y los otros países sujetos á la obediencia de Bonifacio. Al año siguiente concedió también éste un jubileo á la ciudad de Colonia en la misma forma que el de Roma, de suerte que los habitantes de aquella, ó los que concurriesen allí en el discurso del año, ganarian indulgencia plenaria visitando ciertas iglesias. Tal fué el principio de la dispensa de ir á Roma para ganar el jubileo; gracia que concedió despues el Papa á otras muchas ciudades de Alemania; pero envió colectores para recaudar parte de las ofensas. Cuéntase además que había enviado á varias provincias demandantes, con potestad de dar la indulgencia á todos los que pagasen la cantidad que debería costarles el viage de Roma, cosa que disgustó tanto á los romanos, que muchos de aquellos fueron despedazados á la vuelta. Por último, se dice que las indulgencias se habían convertido en un objeto de una especulación escandalosa que las hacia despreciables; pero vemos por una carta escrita al obispo de Ferrara y á otros varios, que Bonifacio dió órdenes para reprimir tales abusos. También se le acusa de haber hecho un tráfico simoniaco de los beneficios, sobre todo, en los últimos años de su pontificado, de manera que segun Teodorico de Niem, solia vender un mismo beneficio á muchas personas, y para invalidar las primeras concesiones, otorgaba nuevas bulas de expectativa con la cláusula de preferencia. Era tan público este tráfico, que los mas de los cortesanos defendían que era lícito, y alegaban que el Papa no podia cometer simonía. Añádese que si á veces dió órdenes para reducir estas expectativas ó revocarlas, era con el fin de poder venderlas de nuevo y á mas alto precio. Estas acusaciones de un historiador propenso á la sátira,

son naturalmente sospechosas, y por lo menos se deben mirar como sumamente exageradas. Pero otros historiadores, acordes en elogiar á Bonifacio, convienen, no obstante, en que no estuvo exento de tacha bajo este respecto, y que hizo muchas veces la vista gorda tocante á las exacciones de los curiales que habían acudido sin pérdida de tiempo á Roma para traficar con las gracias pontificias.

Habiendo sabido el Papa Clemente la elección de Bonifacio, procedió contra él y le excomulgó como usurpador de la Santa Sede. Bonifacio quiso tentar primero las vias de conciliación y exhortó á Clemente que renunciara el pontificado, ofreciendo hacerle su legado perpetuo en los reinos de Francia y España; mas como no consiguiese nada, empleó tambien las censuras. Esta medida, segun puede discurrirse, no surtió mas efecto por una parte que por otra. En el año 1391 escribió Bonifacio una carta á todos los fieles, en que clamaba con indignación contra los cismáticos, y daba por pruebas de su derecho las revelaciones de Fray Pedro de Aragon y Santa Brígida. Ursulina, doncella de Parma, que suponía tambien tener revelaciones, se presentó por entonces á Clemente como enviada del cielo, y se empeñó en persuadirle que él no tenía ningun derecho y que el único Papa legítimo era Bonifacio. Fué recibida con mucha distinción; pero ni sus representaciones ni las amenazas de la ira divina surtieron ningun efecto. Volvió á poco tiempo diputada por Bonifacio, y lo único que logró fué quedar presa. En Parma se la venera con el título de Beata por los muchos milagros que se le atribuyen.

Al principio del año 1391 el parlamento de Inglaterra, para impedir la colacion de beneficios por el Papa, confirmó una ley publicada en el reinado de Eduardo, previniendo que se mantuviesen, segun la antigua costumbre, las elecciones canónicas y los derechos de los patronos y prelados, y que si la curia de Roma hacia una reserva ó daba una expectativa ó una provision para algun obispado ú otro beneficio, tuviese el rey la colacion de los obispados ú otras dignidades electivas dependientes de su patronato. Además, se prohibió que nadie pasara el mar para obtener provisiones de beneficios, pena de destierro perpetuo y confiscacion de bienes. Por último, decretó el rey que todos los beneficiados que se hallaban en la corte de Roma, volviesen sin tardanza so pena de perder sus beneficios. El Papa Bonifacio envió nuncios á Inglaterra con una carta en que se quejaba vehementemente de tales órdenes como atentatorias á la libertad de la Iglesia, y el rey pareció inclinado á tomar en cuenta estas representaciones; pero el parlamento, convocado en Noviembre, no quiso abrogar la ley, aunque consintió que se pudieran obtener beneficios en la curia romana con autorizacion del rey hasta la convocacion del próximo parlamento.

Bonifacio, desistiendo de la política de su predecesor, conoció

que no podría sostener la guerra contra los dos pretendientes del reino de Nápoles. Por lo tanto, así que fué elegido, se reconcilió con la reina Margarita y su hijo Ladislao, les dió la absolución de las censuras, y envió al cardenal de Florencia para coronar al rey niño y recibir de él el homenaje y el juramento de fidelidad. Mas Luis de Anjou, á quien acababa de coronar el Papa Clemente, se sostenía en Nápoles en la mayor parte del reino, y aun ganó á poco tiempo algunos triunfos de consideración al partido de Ladislao. Bonifacio, despues de haber prometido indulgencias á los que tomasen las armas contra Luis de Anjou, escribió al cardenal de Florencia, su legado, que compellesse á los eclesiásticos y seglares al pago de un florin de oro durante esta guerra, mandó empeñar ó enagenar muchas fincas de las iglesias y monasterios, y decretó que se pagase á la cámara apostólica la media annata de todos los beneficios conferidos por la Santa Sede, es decir, la mitad de las rentas de un año. Esta guerra sirvió tambien de ocasion de poner en contribucion al clero de Francia, porque habiendo pedido Maria, madre de Luis de Anjou, socorros al Papa Clemente, éste impuso en 1392 una décima á todos los eclesiásticos sin distincion. Con cuyo motivo la universidad de Paris dió quejas al rey, quien prometió ponerlas en consideracion del Papa y apoyarlas, y protestando los obispos contra esta imposicion, apelaron del Papa sorprendido, al Papa mejor informado, y notificaron esta apelacion á la corte de Aviñon; pero no por eso dejó de recandarse la décima. Ademas, Clemente se veia obligado para mantener su corte á buscar dinero por toda clase de arbitrios, y con el fin de afirmar su partido, daba los obispados á sujetos que no tenian á veces otro mérito que la cuna. Sobre todo, concedia las dispensas con una facilidad hasta entonces desconocida. Confió los sagrados órdenes á un bigamo, levantó la irregularidad á un juez que queria ordenarse sacerdote despues de haber dado sentencias de muerte, y no puso ningun reparo en permitir el matrimonio entre parientes en el tercer grado contra la costumbre antigua (1).

En este mismo año 1392 fueron combatidos en Francia los privilegios del clero por las tres personas que tenian mas valimiento con el rey, á saber, el condestable Oliverio de Clisson y los señores de la Riviere y de Noviant. Clamábase en especial contra la posesion en que estaban los eclesiásticos de ejercer la justicia secular, principalmente en materia criminal, con perjuicio de la autoridad real, á quien corresponde el castigo de los crímenes, y habia quejas de que los obispos, por extender su jurisdiccion, hacian clérigos á sujetos que no tenian ni aun la mas leve tintura de las letras. No vacilaron en tomar el partido de la corte algunos doctores, sobre todo de los religiosos mendicantes, que no tenian jurisdiccion ni seño-

(1) *Hist. Car. IV.*—Walsingh.—Gobelin.—Platin.

rios que conservar. Empezó la ejecucion por Normandía, donde se dió orden á los jueces de reprimir las usurpaciones de los obispos, y castigar con gruesas multas á los que quisieran sostenerlos. Entonces la universidad de Paris, uniéndose á los prelados, nombró algunos de sus miembros para que en su nombre pasaran á representar al rey; y como no se les diese audiencia, suspendieron los doctores sus lecciones, y salieron de Paris multitud de extranjeros. La corte aparentó al principio indiferencia; pero al cabo recibió á los diputados, y sin dejarles tiempo de explicarse, prometió el canceller en nombre del rey satisfacer á su solicitud. En seguida el príncipe dió una blanda reprobacion á los doctores sobre la interrupcion de sus lecciones, y les mandó continuarlas, lo que prometieron ellos con toda diligencia.

La universidad de Paris habia dado anteriormente un paso solemne cerca del rey, para exhortarle que tratara de extinguir el cisma; pero como no indicaba ningun medio, el rey, desaprobando con tono de soberano la inquietud que manifestaba aquella en un negocio que no era de su competencia, le prohibió, so pena de incurrir en su desgracia, presentarle de allí en adelante quejas y representaciones sobre el particular. No obstante, bien pronto tuvo la universidad ocasion de ostentar su celo con mayor actividad. El Papa Bonifacio, para atraer al rey de Francia á su partido, le escribió en 2 de Abril de 1392 una carta en que le conjuraba que pusiera término al cisma, y empleara á este efecto la influencia que le daban sus prendas personales y el poderío de su reino. Desgraciadamente el príncipe fué acometido en este tiempo de un súbito frenesí que alteró su razon y le dejó casi incapaz de gobernar. La enfermedad tuvo intervalos; pero no se curó jamas del todo, y la autoridad pasó alternativamente, durante muchos años, de manos del rey á las de sus tíos y hermano, cuyas rivalidades sumieron á Francia en todo género de calamidades y desórdenes. Bonifacio envió su carta al rey con dos cartujos, el uno prior de Ast y el otro de la isla Gorgona, probablemente los mismos que en el año anterior habian solicitado y obtenido una bula por la que este Papa eximia á su orden de la jurisdiccion episcopal. Primero pasaron á Aviñon, donde estaba el duque de Berry, que de todos los príncipes de Francia era el mas favorable á Clemente. Este se sobresaltó con aquella diputacion, y mandó encerrar á los dos monges en la Cartuja de Villanueva; pero ni por amenazas ni por maltratamientos se les pudo quitar la carta de que eran portadores. Elegada la nueva de su detencion á Paris, la universidad trabajó para obtener la libertad de ellos hablando al rey y á su consejo, y de parte de este príncipe se escribió en favor de los monges al Papa Clemente, quien no se atrevió á resistir. Puso, pues, en libertad á los dos cartujos, y les encargó aseguraran al rey que él estaba dispuesto á sacrificar no solo su dignidad, sino su vida por precurar la reunion de la Iglesia.

Estos religiosos llegaron á Paris á fines del año 1392, y fueron recibidos y oídos propiciamente por el rey y los príncipes; con todo, no se juzgó convenientemente responder por escrito á Bonifacio para no tener que darle el título de Papa, sino que se encargó á los cartujos de le desear, que el rey alababa sus buenas disposiciones en favor de la union de la Iglesia, y que estaba pronto á emplear todo su poder para procurarla. Al mismo tiempo se les entregaron cartas para los príncipes de Italia, á quienes se exhortaba que cooperasen á la extincion del cisma: acompañaron á la vuelta á los enviados de Bonifacio dos cartujos franceses, uno de ellos prior de Paris. Llevaron la respuesta á este Pontífice, el cual, en vez de proponer medios eficaces para pacificar la Iglesia, envió al rey una bula con fecha 20 de Junio de 1393, en que se limitaba á sostener su derecho, pretendiendo que no se podía disputar á no estar ciegos, y después de decir que esperaba que Dios se dignase de iluminar al rey, le exhortaba por conclusion á abandonar al anti-papa Roberto de Ginebra. Esta carta causó indignacion y quedó sin respuesta. Bonifacio acababa de sojuzgar á Bolonia, Perugia y otras varias ciudades rebeldes. En el mismo año ajustó tambien un tratado con los romanos, que aseguraba al Papa el ejercicio de su completa soberanía, porque se reconoce en él el derecho de nombrar el senador ó gobernador de la ciudad, y de administrar justicia por sus oficiales, con interdiccion á todos los caballeros mesnaderos ó cualesquier otros de poner ningun obstáculo al oficio del senador. En un artículo se previene que los mariscales de este magistrado, no podrán quitar las armas á las personas de la corte, clérigos ó seculares, ni en general á los clérigos romanos. Es notable esto de las armas de los clérigos.

Entre tanto, habiendo conseguido la universidad de Paris permiso del rey para deliberar sobre los medios de conseguir la union de la Iglesia, se convidó á todos los doctores á que dieran su dictámen en una memoria particular dentro de un plazo determinado, y se nombraron comisarios para que leyeran y extractaran dichas memorias. Los medios propuestos se redujeron á tres: la cesion de ambos pretendientes, un compromiso por el cual se sujetasen los derechos del uno y del otro al juicio de arbitros, elegidos por ellos con facultad de fallar definitivamente, y la decision de un concilio general. Después se resolvió que se presentasen y explanasen estos tres medios en una carta al rey, y se encargó á Nicolás de Clemengis que la escribiera. Parecia que la tregua de cuatro años, ajustada con Inglaterra en 1394, ofrecia una circunstancia favorable para llevar adelante esta cuestion; pero Clemente envió á Paris al cardenal Pedro de Luna, con el fin de contrariar secretamente el celo de los doctores, y el duque de Berry apoyaba este legado. Por otra parte, el duque de Borgoña sostenia con calor los procedimientos de la universidad. La carta de

Nicolás de Clemengis se leyó y aprobó en una junta general el dia 6 de Junio, y se presentó al rey el 30 del mismo mes. Exponíanse en ella los tres medios indicados; pero dando la preferencia al primero como mas pronto, fácil y conveniente para salvar el honor de los dos pretendientes y de los príncipes de su obediencia: se añadia que si uno de los Papas desechaba obstinadamente estos tres medios sin proponer otro de igual eficacia, se le debería mirar como cismático y negarle el reconocimiento y la obediencia; y para demostrar la necesidad de poner término al cisma, se pintaban así sus deplorables efectos: "La Iglesia ha caido en la servidumbre, la pobreza y el desprecio. Son promovidos á las prelacias hombres indignos y corrompidos que solo piensan en satisfacer su codicia y sus pasiones; despojan las iglesias y monasterios, gravan á los pobres clérigos con exacciones intolerables, y en todas partes se ven sacerdotes reducidos á la mendicidad ó á los oficios mas abyectos. En muchos lugares se venden las cruces, relicarios, cálices y todos los vasos sagrados de oro y plata. Las iglesias se arruinan, y el servicio divino está descuidado, y aun en muchos puntos enteramente abandonado. Reina la simonia con impudencia, y dispone casi de todo en la Iglesia. Los mas corrompidos están seguros de obtener los mas pingües beneficios, principalmente los curatos, con tal que logran dinero; pero los clérigos pobres, por doctos que sean, no tienen nada, y lo mas lamentable es que se venden hasta los sacramentos, y en especial los del órden y la penitencia."

Esta carta se envió al Papa Clemente con otra mas breve, en que la universidad le rogaba encañecidamente que atendiera á ella, y decia entre otras cosas: "Ha llegado el mal á tal punto, que muchos no dudan decir á las claras que es indiferente reconocer varios Papas, y que podia haber uno en cada reino." Clemente leyó estas cartas delante de muchas personas, y levantándose encolerizado, dijo por única respuesta: "Estas cartas rebosan veneno y faltan al respeto que se debe á la Santa Sede." Los que las habian llevado, temerosos de algunos maltratamientos, se retiraron precipitadamente. Sin embargo, varios cardenales se juntaron de moco tu propio para deliberar sobre el particular, y dijeron al Papa que era preciso elegir uno de los tres medios propuestos, á fin de proporcionar la paz á la Iglesia. Estas expresiones fueron como un rayo para Clemente, que cayó malo aunque sin hacer cama; y el 16 de Setiembre de 1394, al salir de misa, fué acometido de un accidente de apoplejia, y murió de resultas. Hacia cerca de diez y seis años que habia tomado el título de papa. En quanto llegó á Paris la noticia de su muerte, envió la universidad una diputacion al rey, suplicándole que convocara una junta de los prelados y señores para deliberar sobre la conducta que hubiera de observarse, y entre tanto, exhortase á los cardenales de Avinion, que dilataban

tenido con no menos calor por los doctores de Paris. Resolvio, pues, el rey enviar una embajada solemne á Benedicto para proponerle este medio, y se cometió aquella á los duques de Orleans, Borghia y Berry, hermano aquel y tíos éstos del monarca, á algunos obispos y varios doctores, entregándoles una memoria en que se motivaba la preferencia dada al medio de la cesion con los inconvenientes y dilaciones de los otros. Los embajadores llegaron á Arnon el 23 de Mayo, y á los dos días tuvieron audiencia pública, en que habló el doctor Gil Deschamps en términos generales sobre la necesidad de adoptar pronto un medio de reunion: al otro día, en audiencia privada, solicitaron que se les comunicase el acta firmada por los cardenales en el cónclave. Benedicto se excusó mucho tiempo, y luego declaró que la enseñaria á los tres príncipes en particular; pero como insistiesen los embajadores, tuvo que mandar leerla en presencia de todos ellos y dejar sacar copia. En la tercera audiencia le estrecharon para que se explicase acerca de los medios que queria tomar, segun el compromiso contenido en aquella acta, á fin de procurar la union de la Iglesia. Benedicto propuso, como el camino mas justo y conveniente, una conferencia entre Bonifacio y él, y los cardenales de ambos partidos, en la que se examinarían sus respectivas pretensiones, prometiendo no separarse antes de concluirse la cuestion; y en cuanto al acta que habia firmado en el cónclave, y confirmado despues de ser Pontífice, protestó que queria observarla en toda su fuerza sin derogacion ni adición, y tomar en consecuencia todos los medios justos y razonables propios para terminar el cisma. Gil Deschamps refutó el plan de una conferencia en otra audiencia, é insistió en la cesion. El Papa pidió que se le entregase por escrito la proposicion de los embajadores para deliberar acerca de ella; pero se le respondió que no era necesario poner por escrito lo que se reducía á una sola palabra. Replicó que por lo menos se le debía explicar de qué modo y bajo qué forma querian que hiciese la cesion, y añadió que nadie tenía derecho de forzarle, y que no dependia mas que de Jesucristo, al cual solo debía dar cuenta de sus determinaciones. Los príncipes se despidieron repentinamente, y en el mismo día convidaron á los cardenales á una entrevista; cuando estuvieron reunidos, los conjuró el duque de Berry á que dijeran en consecuencia su parecer sobre el medio mas á propósito para terminar el cisma, y respondieron que el plan de conferencia les habia parecido conveniente; pero ya que se reputaba mejor el medio de la cesion, se adherían á este dictámen. Solo el cardenal de Pamplona, compatriota de Benedicto, fué de diferente opinion, y sostuvo que el único medio verdadero de extinguir el cisma era tomar las armas contra el anti-papa Bonifacio, y echarle de su silla. De allí á algunos días publicó Benedicto una bula en que declaraba que no estando prescrita por el derecho la via de la cesion, ni habien-

dose practicado jamas en la Iglesia para concluir los cismas, no podia dar el ejemplo de semejante novedad; y en consecuencia proponia una conferencia, y en el caso que ésta no diese resultado un compromiso, añadiendo que si no podia lograrse la union por uno de estos dos medios, adoptaria todos los caminos razonables y conformes á derecho. Esta bula se leyó y publicó en pública presencia de los embajadores, los cuales se retiraron muy disgustados. En seguida tuvieron varias conferencias con los cardenales, y despues de detenidas deliberaciones se declararon inadmisibles las proposiciones del Papa. Solamente tres cardenales tomaron parte en estas conferencias; todos los demas aprobaron de nuevo el medio de la cesion, y prometieron obligarse por escrito á pedirle y trabajar de concierto con la Francia para ponerla por obra, antes de firmar este documento, dieron algunos pasos para que admitiera el Papa el medio propuesto. Todos sus esfuerzos fueron inútiles: Benedicto les habló con mucha dureza, les recordó la obediencia que le debian, y habiendo leído el documento, que habia extendido, les prohibió por una bula firmarle, so pena de ser tratados y castigados como rebeldes. Los embajadores y cardenales resolvieron hacer otra tentativa con el Papa para obtener á lo menos la revocacion de esta prohibicion, y despues de muchas dificultades fueron admitidos en audiencia el día 8 de Julio; mas Benedicto se contentó con responderles que deseaba la paz de la Iglesia mas vivamente que nadie, y que las declaraciones dadas por él contenian los medios mas propios para lograrla. Entonces se despidieron del anti-papa los embajadores, y volvieron á Paris.

Como se vió por su relacion que no podia esperarse la cesion Voluntaria de Benedicto, envió el rey embajadores á Alemania é Inglaterra, para atraer al emperador y los demas príncipes á sus designios en favor de la union de la Iglesia. Para el mismo objeto diputó la universidad á algunos de sus miembros que llevaran cartas para los príncipes y universidades extrangeras, pero todas estas diligencias surtieron poco efecto. En Alemania, solo el elector de Colonia prometió por escrito á la universidad trabajar eficazmente en este asunto. El rey Ricardo de Inglaterra pidió tiempo para consultar á las universidades de Cambridge y Oxford. Este príncipe se casó en el mismo año con Isabel, hija del rey de Francia, y en una entrevista que tuvieron ambos monarcas con tal ocasion, prometió el primero no sostener más á Bonifacio y apoyar las medidas conducentes para la cesion. A este fin escribió á los dos pretendientes; pero Benedicto no quiso admitir en audiencia al embajador, á no ser que éste le tributase los honores debidos al Papa; y así aquella diligencia no dió ningun resultado. A poco tiempo la universidad de Oxford, sea por emulacion de la de Paris, sea por otros motivos, se declaró contra la cesion en su respuesta al rey, y propuso como el medio mas conveniente la convocacion de un concilio general.

Para justificar su conducta publicó la universidad de París diferentes proposiciones, cuyo objeto era probar que Benedicto XIII estaba obligado en conciencia, pena de pecado mortal y perjuicio á aceptar el medio de la cesion: que todo católico y sobre todo los príncipes, podían y aun debían procurar compelerle á ello: que si se resistia tenazmente, podria deponerle el concilio general de su obediencia: y por último, que las censuras que lanzara por este motivo serian nulas y de ningún valor, y que de su sentencia podria apelarse al concilio general. Con todo, algunos doctores impugnaron estas proposiciones y defendieron que no tocaba á los inferiores del Papa juzgar lo que éste debia hacer, y que nadie podia quitarle la plenitud de potestad que habia recibido del mismo Dios. La universidad de Tolosa tomó el partido de estos doctores, que tenían tambien á su favor bastantes licenciados, bachilleres y estudiantes atraidos con la esperanza de los beneficios que les prometían los agentes del Papa. Por tanto, la universidad de París dió un decreto en Febrero del 1396 prohibiendo á toda facultad, nacion, colegio ó otro cuerpo de graduados ó estudiantes enviar sin su consentimiento ninguna lista de súplicas al Papa, y mandando á todos los miembros de dicha corporacion denunciar al rector los contraventores, con obligacion de que todos los que se gradúan, prometan con juramento observar este estatuto so pena de ser separados de la universidad. Como supiese ésta que el Papa, irritado de sus diligencias, habia dado orden de proceder contra ella á lo menos contra algunos individuos de su seno, publicó por entonces una especie de manifesto, dirigido á probar que Benedicto XIII quebrantaba su juramento y se mostraba fautor del cisma, por la resistencia á consentir en la cesion, y por los pasos que daba en todas partes para impedir que se conviniere en este medio: en consecuencia extendió é hizo notificar al anti-papa un instrumento auténtico, por el qual el doctor Juan de Craón, constituido procurador de la universidad, apelaba al Papa futuro, único y verdadero, de todos los procedimientos que pudieran actuarse contra ella. Benedicto por una bula de 30 de Mayo de 1396, declaró nula y de ningún efecto esta apelacion como contraria á los cánones y á la plenitud de la potestad pontificia, reservándose proceder según las vias de derecho contra el apelante y sus cómplices. Mas estas amenazas no hicieron mérito en la universidad, que reiteró su apelacion y se esforzó en justificarla con ejemplos poco concluyentes por otra parte. (1) Entre tanto, Benedicto, para llevar adelante su proposicion de confederencia, envió á Roma cuatro diputados que se adelantaron hasta Fondi; pero Bonifacio no quiso dejarlos pasar mas allá y solamente permitió que fuesen á conferenciar con ellos el obispo de Segovia residente en Roma. A la vuelta fué acusado éste de haber fragua-

do una conspiracion con los diputados para introducirlos en Roma y provocar movimientos sediciosos contra Bonifacio, cuya autoridad temporal tenia poca firmeza, porque el pueblo sufría con impopularidad el último tratado, en virtud del cual se habia devuelto al Papa la soberanía de la ciudad, y se habia levantado ya para despojarle de ella y hacer restituir el mando á los mesnaderos ó cabezas de los doce barrios. Bonifacio mandó formar causa al obispo de Segovia, y castigarle según las leyes si resultaba culpable. Por entonces escribió al rey de Inglaterra exhortándole á apoyar los procedimientos de los prelados contra los lairdos ó wiclefitas, á quienes amparaban algunos señores, y que habian publicado, en Londres acusaciones contra el clero y algunas proposiciones abominables contra los sacramentos. En consecuencia, Tomás de Arundel, arzobispo de Cantorbery, tuvo un concilio á fines del año 1396 ó principios del siguiente, y fueron condenados diez y ocho artículos sacados del trílogo de Wiclef, que contenian los principales errores de este herejiarca. Tambien los refutó Guillermo de Videsford, religioso de la órden de San Francisco, en una obra que es una de las mejores que poseemos sobre esta materia. En este mismo año 1396, ganaron los turcos una señalada victoria á los cristianos. Bayaceto I, llamado el rayo por la rapidez de sus conquistas, habia reducido en cierto modo el imperio de Oriente al recinto de Constantinopla, y todos los dias amagaba á esta capital. Habiendo mandado Juan Paleólogo levantar una fortaleza para retirarse en caso necesario, el soldan dió orden de arrasarla amenazando de lo contrario sacar los ojos á Manuel, hijo del emperador, porque este príncipe jóven se hallaba entonces al lado de Bayaceto á quien habia tenido que llevar auxilios. Juan Paleólogo obedeció esta órden y murió á poco en el año 1391 de resultas de sus disoluciones. Manuel, coronado ya emperador, logró escaparse de noche y marchó á Constantinopla. Bayaceto irritado envió á decirle: "Quiero que haya un cadí en Constantinopla para juzgar á los musulmanes que trafican en ella: si tú no quieres, cierra las puertas de tu ciudad y reina dentro: todo lo de afuera es mío." Inmediatamente pasó á la Tracia, tomó á Tesalónica, arruinó todas las plazas que habia al rededor de Constantinopla, y luego formó el cerco de esta ciudad y la estrechó en tales términos, que se vió obligado Manuel á consentir en dar á los turcos un barrio y una mezquita en el recinto de ella. El emperador escribió al Papa Bonifacio y á los reyes de Francia y Hungría solicitando auxilios, y Bonifacio publicó varias bulas en 1394, para mandar preparar la cruzada contra los turcos. El rey Sigismundo de Hungría, amenazado tambien por Bayaceto, envió una embajada á Francia, donde muchos señores se obligaron á ir á pelear contra los infieles bajo el mando del conde de Nevers, hijo primogénito del duque de Borgoña. Mas como tenían aún mas temeridad que valor, este au-

xilio fué funesto para los cristianos. Quisieron aquellos, embestir á los enemigos contra los consejos de Sigismundo, tomaron un castillo á cuyos habitantes todos pasaron á cuchillo, y luego asediaron á Nicópolis. Bayaceto acudió en socorro de esta plaza, y en el mes de Setiembre de 1396, ganó una batalla en la que quedaron muertos ó prisioneros todos los franceses. De allí á cuatro años el emperador Manuel Paleólogo, siempre estrechado por los turcos, tomó el partido de ir en persona á solicitar la ayuda de los reyes de Francia é Inglaterra; mas sacó poco fruto de su viaje. No obstante, el famoso Tamorian, cuyo auxilio había implorado también, envió á decir á Bayaceto que no molestará á Paleólogo y le restituyera todas las provincias de que se había apoderado; y Bayaceto se vió forzado á levantar el cerco de Constantinopla y pasar á la Anatolia para defender sus Estados invadidos por Tamorian, el cual se había hecho dueño de casi toda el Asia. En 1402 se dió una sangrienta batalla cerca de Ancira, y Bayaceto, vencido y prisionero, murió á poco tiempo de sentimiento y desesperación.

La obstinación de los dos pretendientes de la tiara era un impedimento insuperable para la union de la Iglesia, á pesar de todos los esfuerzos de los príncipes cristianos. Por Setiembre de 1396 enviaron una embajada á Bonifacio los reyes de Francia, Inglaterra y Castilla, para persuadirle á que renunciara el pontificado con promesa de obligar á ello á Benedicto; pero Bonifacio respondió que su derecho era indudable, y que pensaba seguir siendo Papa. El rey de Castilla se había adherido al medio de la cesion por el dictámen de una numerosa junta que se tuvo en Salamanca, y persistió en la misma resolución á pesar de todas las sollicitaciones del rey Martin de Aragon, que había sucedido á su hermano Juan hacia poco tiempo, y tomó con calor la defensa de Benedicto. A consecuencia de una dieta tenida en Francfort por Abril de 1397, los príncipes de Alemania enviaron también una diputacion á Bonifacio, que no produjo tampoco ningun efecto. El emperador Wenceslao, embrutecido por los desórdenes de una vida licenciosa, no quiso concurrir á esta dieta; pero su hermano Sigismundo había prometido que le haria adherirse á las proposiciones de la Francia para la extirpacion del cisma. Al efecto, hubo en la cuaresma del año 1398 una junta en Reims, á que concurrió el emperador con motivo de la boda del hijo de Sigismundo y la hija del duque de Orleans, y tanto hizo el rey Carlos VI en esta entrevista con sus exhortaciones y dádavas, que Wenceslao prometió unirse á él y á los otros príncipes para el buen logro de sus diligencias. Mas el resultado justificó la prevision del duque de Borgoña, quien había representado al rey que perderia el trabajo y las dádavas, y que los alemanes no cumplirian sus promesas.

Conforme á lo estipulado, pasó á Roma Pedro de Ailly, en nombre del rey de Francia y del emperador, para exhortar á Bonifacio

á la cesion. Este Pontífice prometió darle respuesta despues de deliberar con los cardenales, por cuyo consejo tomó el partido de disimular; y declaró estaba pronto á satisfacer los deseos de los príncipes, con tal que el falso Papa de Aviñon renunciase tambien, lo cual no le comprometia nada, porque sabia que Benedicto no queria renunciar el primero. Por tanto, queriendo tranquilizar á los romanos que temian perder por la vacante de la Santa Sede las ganancias del gran jubileo cuyo tiempo se acercaba, les declaró formalmente que no renunciaria jamas. No eran mejores las disposiciones del emperador, y cuando Pedro de Ailly fué á darle cuenta de su negociacion, le dijo aquel: "Decid al rey vuestro soberano, que yo me conformaré en todo con su conducta; pero me parece conveniente que empiece él, y luego que haya sometido á su Papa, yo someteré al nuestro." Pedro de Ailly, que por su mérito fue promovido más adelante á la dignidad cardenalicia, nació en Compiègne el año de 1350, y descendia de una familia mediana; despues de concluidos sus estudios con lucimiento, fué nombrado gran maestro del colegio de Navarra en 1384, y su celebridad atrajo á sus escuelas multitud de discípulos, entre ellos Nicolás de Clemengis, Gil Deschamps y el célebre Gerson. De allí á tres años fué nombrado canceller de la Iglesia de Paris, capellan y confesor del rey, y hacia el de 1394, tesorero ó primera dignidad de la santa capilla. Al año siguiente Benedicto XIII, con la esperanza de ganarle, le nombró obispo de Puy, de cuya silla fué trasladado á poco tiempo á la de Cambrai, y entonces resignó el empleo de canceller en favor de Juan Gerson.

Como se habían apurado sin fruto todos los medios de obtener la cesion voluntaria, propuso al rey la universidad que no se reconociese mas la autoridad de Benedicto; y á fin de deliberar sobre la materia, se convocó un concilio nacional en Paris para el 22 de Mayo de 1398. El rey no pudo asistir porque tuvo un nuevo acceso de su funesta enfermedad, y fueron llamados para curarle dos religiosos agustinos que pretendian tener unos secretos muy superiores á todos los recursos de la medicina. Luego que vieron al rey, dijeron que su mal provenia de sortilegios, y acusaron á dos oficiales del duque de Orleans y luego á este mismo. En virtud de tan odiosa imputacion de que no podian dar ninguna prueba, se les amenazó con el tormento, y entonces declararon la calumnia y confesaron haber cometido una multitud de maldicias y prácticas abominables. El juez eclesiástico instruyó el proceso y decretó la degradacion de los religiosos, que fueron entregados despues al brazo secular y condenados á muerte. La degradacion se hacia solemnemente por el obispo, y consistia en sacar en público al clérigo culpable con las vestiduras é insignias de su orden, y despojarle ignominiosamente de ellas. Con esta motivo advertiremos que el rey había publicado un decreto el año anterior, para que se con-

cedieran confesores á los reos condenados á muerte; y así se abolió en el reino un abuso bárbaro, que había dado margen á frecuentes reclamaciones segun hemos visto.

Y habiendo sabido Benedicto XIII el plan que había en Francia, quiso enviar al cardenal de Pamplona para evitar su ejecución; pero el rey y su consejo hicieron saber que no sería recibido aquel legado. Concurrieron al concilio nacional convocado por el rey, mas de setenta obispos y otros muchos prelados, gran número de doctores de París y algunos diputados de las universidades de Orleans, Angers, Mompeller y Tolosa. Fue presidido por Simon de Gramaud, patriarca titular de Alejandría, y se discutieron largamente y con toda libertad las proposiciones relativas á la sustracción de obediencia, sometidas por el canciller á la deliberación del concilio. Varios prelados tomaron la defensa de Benedicto XIII; otros propusieron quitarle solamente la colación de los beneficios; pero el mayor número de ellos fueron de parecer que el único medio de vencer su obstinación, era abandonarle completamente y no reconocerle ya como Papa. En consecuencia publicó el rey con fecha 27 de Julio un decreto concebido en estos términos: "Nos y los príncipes de nuestra familia, y con Nos la Iglesia de nuestro reino, así clero como pueblo, nos sustraemos enteramente de la obediencia del Papa Benedicto, y rechazamos igualmente la de su adversario que no hemos reconocido jamas; queremos que de aquí adelante nadie pague nada de las rentas ó emolumentos eclesiásticos al Papa Benedicto, ni á sus colectores ni otros oficiales, y prohibimos rigurosamente á todos nuestros súbditos obedecerle á él y á sus oficiales de ninguna manera." En el mismo día dió el rey dos cédulas, la una prohibiendo hacer caso de las censuras que pudiera emitir Benedicto, y de los procedimientos que entablases sus comisarios ó delegados, y la otra determinando que durante la negación de obediencia se hiciese el nombramiento para las prelacías y otros beneficios por elecciones canónicas, ó por los coladores á quienes correspondia este derecho; que no se aplicase nada de las rentas ó emolumentos de los beneficios en provecho del rey ni de ninguno de sus súbditos; y que Benedicto no pudiera percibir nada de aquellas. Al día siguiente pronunció el canciller un discurso en francés, en que comunis esta negación de obediencia, y añadió que la intención del rey y de su consejo era atender á la conservación de los privilegios y antiguos fueros de la Iglesia de Francia (1). Se enviaron á Aviñon dos comisarios para notificar estas medidas, y las publicaron el día 1.º de Setiembre, dando orden de dejar el ser-

(1) En Febrero del año siguiente, publicó el rey, conformándose con el dictamen de los prelados, otro decreto para que quedasen sin efecto las expectativas dadas por el Papa Benedicto ó su predecesor, y que no obstante estas concesiones, se proveyesen á la colación de los beneficios por los medios ordinarios.

vidos de las y extranjerías de obispos y otros eclesiásticos como seglares; de manera que Benedicto se vió abandonado en breve de una multitud de empleados y servidores. Además, el rey escribió una carta á los cardenales, cuya mayor parte resolvieron, según veremos, adherirse á la negociación de obediencia. Por entonces los monjes de San Dionisio, obtenida licencia de proceder á la elección según costumbre, nombraron á Felipe de Villete, y aunque al tenor de los privilegios de la abadía debía ser confirmada la elección por el Papa, se juzgó que en el caso presente se devolvía este derecho al obispo diocesano; mas hubo cuidado de estampar en el acta de confirmación, que fuera sin perjuicio de la exención del monasterio.

El rey resolvió enviar al mariscal de Boucicaut con tropas á Aviñon para obligar á Benedicto á renunciar el pontificado; mas antes se encargó á Pedro de Ailly que tentase por última vez la via de las negociaciones. Este declaró primeramente al Papa las resoluciones del rey de Francia y del emperador tocante á la cesion de ambos pretendientes, y al otro día pronunció un largo discurso sobre este punto en el consistorio. Muchos cardenales instaron al Papa para que cediera; otros representaron que era poco congruente despues de haber elegido libremente un Papa, querele forzar á hacer renuncia; mas el cardenal de Amiens les respondió: "Queramos ó no, tendremos forzosamente que seguir las intenciones del rey de Francia y del emperador, porque sin ellos no podemos vivir, y el primero nos envia á decir que si no obedecemos, retendrá los frutos de nuestros beneficios." Esta contestación decidió á los mas; pero varios perseveraron en contraria opinion, y el Papa declaró que habiendo sido elegido canónicamente, queria ser Papa hasta la muerte, y que ni las ordenes del rey de Francia, ni las de ningún otro príncipe le harian renunciar su dignidad. Entonces se retiró Pedro de Ailly. En seguida fué el mariscal de Boucicaut á cercar la ciudad de Aviñon con sus tropas, é intimó á sus habitantes que si no le abrian las puertas, mandaria incendiar todas las viñas y las casas de campo. Estas amenazas juntas á la escasez de viveres, surtieron efecto, y los habitantes, de concierto con los cardenales y sin noticia de Benedicto, trataron con el mariscal, y le recibieron á él y á sus tropas en la ciudad. Diez y ocho cardenales y la mayor parte de los oficiales se retiraron de Aviñon á Villanueva, en donde publicaron la negación de obediencia. El gobierno de Aviñon se dió al cardenal de Neufchatel, quien no vació en mandar disparar cañonazos contra el castillo en que se habia encerrado Benedicto; pero á poco recibió el cardenal un balazo de que murió. Aunque Benedicto no tenía á su lado mas que cinco cardenales, protestó que no se rendiría; siquiera hubiese de costarle la vida; y con algunas tropas que le llevó su hermano, sostuvo el asedio todo el invierno. Habia en el castillo bastimentos para dos

ó tres años; pero escaseaba la leña por el frío rigurosísimo, y esta circunstancia, junta al aire mal sano, ocasionó muchas enfermedades, que con frecuencia eran mortales por falta de medicinas. Habiendo querido salir del castillo dos cardenales, fueron apresados por las tropas francesas y encerrados en un calabozo: uno de ellos murió en la prison, y el otro, que era el de Pamplona, compró su libertad por cincuenta mil escudos de oro. Benedicto habia contactado con los auxilios del rey de Aragon; pero éste no quiso por semejante causa comprometerse con la Francia, y se contentó con enviar embajadores para negociar un avenimiento. En efecto, se ajustó un tratado en Abril de 1399, por el que prometió Benedicto renunciar el pontificado, si su competidor cedía ó llegaba á morir ó era depuesto, y ademas, no hacer nada para impedir la union, con cuyas condiciones convino el rey de Francia en tomarle bajo su proteccion, dejarle tranquilo en su palacio y suministrarle todas las provisiones necesarias; pero sin permitirle salir de allí. Así Benedicto estuvo encerrado muchos años (1).

La negacion de obediencia se adoptó en Castilla, en Navarra, en los Estados de Anjou y otras muchas provincias; pero no dejaba de ser combatida hasta en Francia por algunos prelados y muchos doctores, y especialmente por la universidad de Tolosa: y de allí á poco tiempo logró Benedicto ganar otra vez á los mas de los príncipes que habian tomado aquella medida. Bonifacio hallaba tambien muchas dificultades en Italia. Sin cesar se agitaba una faccion poderosa para despojarle de la soberania de Roma, en cuya ciudad entraron una noche del mes de Enero del año de 1400 dos individuos de la familia de los Colonnas á la cabeza de algunas tropas para provocar un levantamiento; pero se frustró esta tentativa. Algun tiempo antes, el duque de Milán y el conde de Fondi se habian alzado con varias ciudades del estado eclesiástico, y el patrimonio de la Santa Sede estaba en cierto modo expuesto á la rapiña y al pillage. Tal vez esta causa obligó á Bonifacio á multiplicar las exacciones (de que se le acusa especialmente desde esta época) para proporcionarse dinero. Como quiera, se dice que en 1398 reservó en beneficio de la cámara apostólica los frutos del primer año de todas las iglesias catedrales ó abaciales que llegasen á vacar, de suerte que cualquiera que queria recibir un obispado ó abadía de él, debía, ante todas cosas, pagar los frutos del primer año aun cuando no pudiera tomar posesion. Ya hemos visto algunos ejemplares de esta reserva llamada anata; pero se cree que Bonifacio fué quien la hizo perpetua.

Por esta misma época unos impostores que pasaron de Escocia á Italia, y que llevaban unas cruces de ladrillos, unidos de tal modo que parecia que sudaban sangre, publicaron que se iba á acabar

(1) Th. Niem. S. Antonio, Chicon, Roma. — *El Pontif.*

el mundo con un terremoto horrendo, y que uno de ellos era el profeta Elias. Iban en procesion vestidos de túnicas blancas con unas capuchas que les cubrian todo el rostro menos los ojos; y habiendo atraído una multitud de personas pusáronse con las predicaciones de aquellos, se vieron bien pronto numerosas procesiones de penitentes, vestidos del mismo traje, y cantando letanías y otros cánticos; entre estos se nota la prosa: *Stabat Mater dolorosa*, que se atribuia entonces á San Gregorio. Mas de cuatro mil habitantes de Arca fueron así á Florencia. Esta devocion no solamente cautivó á los pueblos sino á algunos cardenales, y por muchos meses produció multiplicadas reconciliaciones, y una admirable emulacion de buenas obras. Todos andaban por confesarse con las señales de una gran dolor antes de tomar la túnica blanca. Los peregrinacioneros iban á trece dias, y los penitentes, así hombres como mugeres, dormian en las iglesias, monasterios y cementerios, sin dar lugar á ninguna sospecha. Mas habiendo sido preso uno de aquellos impostores, y condenado á la hoguera por sus crímenes, no tardó en extinguirse el entusiasmo.

El jubileo secular del año de 1400 atrajo, segun costumbre, una multitud de peregrinos á Roma, principalmente de Francia, donde no se habia hecho caso del anterior jubileo concedido por Urbano V. El rey, ó su consejo, queriendo estorbar que el dinero del reino pasara á manos de Bonifacio, prohibió absolutamente esta peregrinacion, y dió orden de volver al punto á los que estaban en camino, lo cual no atajó el anhelo de muchos franceses; pero no pocos fueron robados y asesinados, y algunas mugeres nobles violadas por los soldados del conde de Fondi: muchos murieron de la peste que se declaró en Roma y alrededores hasta seiscentas personas cada dia. Por este mismo año Weneciano, que se habia hecho odioso y despreciable por su embriaguez, disoluciones y crueldades; fue depuesto del imperio por cuatro electores con el consentimiento del Papa Bonifacio, siendo nombrado para sucederle Roberto, conde Palatino del Rin. Con todo, muchas ciudades de Alemania y los electores de Sajonia y Brandemburgo, continuaron todavía por largo tiempo reconociendo á Weneciano como emperador. En el año anterior, los señores de Inglaterra habian depuesto tambien al rey Ricardo, y su primo el duque de Lancaster que le sucedió en el nombramiento, mandó quitar de la vida á poco tiempo en el mismo invierno. Estas dos revoluciones produjeron grandes variaciones en la cuestion de la union. Los electores del emperador Roberto, que estaban interesados en conservar á Bonifacio, se resistieron á oponer á las instancias del monarca francés, á recurrir al medio de la cesion, y el nuevo rey de Inglaterra adoptó el parecer de la universidad de Oxford que se habia declarado por la convocacion del concilio general. Mas Bonifacio, al hiríendose á la deposicion de Weneciano, perdió la obediencia de la Bohemia, cuyo rey era el emperador.